

Madrid, 5 de enero de 2017

Queridos Reyes Magos:

Voy a deciros a bocajarro, sin andarme por las ramas, que este último año he sido bueno. Esto es lo que se pone siempre en la carta en la os pedimos cada 5 de enero un montón de cosas, la mayor parte de ellas innecesarias o simplemente prescindibles. También añadido, como es de rigor, que mis relaciones con la familia han sido muy cordiales; y que respecto a mis amistades, las he incrementado, sin granjearme antipatías con ningún vecino, camarero, jardinero, transeúnte, kioskero, farmacéutico, médico, etc. Venía colaborando año tras año con tres organizaciones de apoyo social y humanitario, y este verano pasado me he asociado a una cuarta, ACNUR. Ya veis que ésta es una carta bien enfocada a rematarla con un sinfín de peticiones.

Tengo muy bien asumido que soy uno de esos habitantes de la Tierra que podemos llamarnos privilegiados. Basta ver la televisión, leer la prensa o encender el ordenador para darse cuenta de que haber llegado al siglo XXI ha sido un paso gigantesco en lo tecnológico, pero sin que se haya modificado un ápice esa condición humana que nos lleva a ocuparnos de nosotros mismos y de nuestro cerrado entorno, y a centrarnos en tantas necesidades creadas que evitamos toparnos con las reales que acucian a tantos millones de habitantes, en parte debidas a nuestro voraz e insolidario desarrollo.

Así que he pensado algo que hoy me resulta absolutamente lógico, pero que no me había planteado nunca. Y es que, habiendo necesidades tan primarias como la alimentación de subsistencia, la libertad, la educación básica, el agua, una ínfima vivienda como refugio o el trato digno hacia todo ser humano, es un despropósito que os pida una máquina de afeitar más moderna que la que tengo; un televisor más avanzado que el que ya tengo, o un coche con más prestaciones que el que ya tengo, o un chaquetón nuevo que acompañe en el armario al resto de prendas de abrigo que ya tengo. Sin embargo quiero pedir os mucho, muchísimo más de lo que podéis conseguir. Pero lo haré en nombre de otros y para otros. No para amigos o allegados, sino para esos malditos errantes que huyen de las guerras, de las catástrofes, de las deforestaciones, de las ambiciones ajenas y de quienes sueñan que serán más libres cuando se apropien de las libertades de todos los demás.

Sé que podréis hacer poco. Venís de Oriente, por las rutas más peligrosas que existen en la actualidad, plagadas de cadáveres, de hambruna, de frío... y de reporteros que nos proporcionan un espectáculo horrendo en nuestros televisores para que perdamos la poca sensibilidad que nos queda, para que aprendamos a comer sin remordimientos. Dudo incluso que podáis pasar por tantas fronteras, entre muros, alambradas y recelos de la gente ante extraños de otras razas y credos. Aquí haremos una fiesta como todos los años, una cabalgata con actores que os suplantarán para tirar caramelos a los niños y darles globos al pasar frente a esa gran pancarta colgada en el Ayuntamiento en la que se lee "Welcome Refugees".

Que no os pase nada. Ya habréis comprobado que Santa Klaus se ha ganado a la gente de Occidente, relegándoos a un segundo lugar. Es que él no viene desde el Mundo del Hambre; no recorre desiertos inhóspitos ni se deja conducir por una estrella ni nada parecido. Él vuela con su trineo, para dejar una lluvia de regalos sobre el Primer Mundo; no quiere saber nada de pesebres, de persecución de inocentes, de miseria alguna que nos haga levantar la vista al cielo para darnos cuenta de lo que poco que somos por nosotros mismos.

Queridos Reyes Magos, id con Dios y nunca perdáis el ánimo ni la esperanza. Y velad por que yo tampoco me rinda. Cuando esta noche vea pasar la estrella sabré que vais tras ella, y os tiraré un beso. Sois geniales, os debo una niñez plena de ilusiones nunca decepcionadas. Os quiero,

